

Matías Marambio de la Fuente

Cultura histórica e historia de la literatura: apuntes para un entrecruzamiento

Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Universidad de Chile

mmarambio@ug.uchile.cl

Apertura

Si algo puede sacarse en limpio de la historia de la historiografía del siglo XX (al menos la que va desde los años sesenta hasta la fecha) es que esta se ha vuelto autoconsciente de sus propias condiciones de posibilidad. Resulta a estas alturas un lugar común decir que la historiografía ya no es inocente sobre sus propias prácticas¹. Más aún: la historiografía se ha vuelto ella misma su objeto de estudio, puesto que ya no sólo se indagan los procesos del pasado, sino los usos que se le dan a las interpretaciones de dichos procesos. Los estudios de memoria sobre el pasado reciente en América Latina (sólo por nombrar un área) han experimentado un boom que no se debe, únicamente, a los contextos políticos generales de las sociedades que han pasado por episodios de violencia política o terrorismo de estado. Cambios en las disciplinas también son responsables de este agudo interés por el pasado y sus apropiaciones.²

¹ Desde orillas distintas del Atlántico, historiadores como Hayden White, Michel de Certeau, y Germán Colmenares han explorado críticamente las condiciones y los presupuestos de la escritura de la historia. Ver White, *Metahistoria; la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*; de Certau, *La escritura de la historia*; Colmenares, *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*.

² El principal trabajo sobre memoria desde el Cono Sur es el de Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*. Si bien no se trata de una aproximación estrictamente historiográfica, su lectura ha permitido la consolidación de un campo en el que hoy los historiadores pueden sentirse ‘a gusto’. Desde ese punto de vista, es decidor que la colección dirigida por Jelin (“Memorias de la represión”) se encuentre bajo la rúbrica “Historia” en la editorial Siglo XXI. Como otro ejemplo de la cercanía disciplinar entre estudios de memoria e historiografía, ver Heinrich Böll Stiftung Cono Sur. *Recordar para pensar. Memoria para la Democracia: la elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*.

En contraste con este panorama de investigación abierto y, hasta cierto punto, bullente, la historiografía literaria latinoamericana ha estado en proceso de recomposición al menos desde los años ochenta (ver González Stephan; Pizarro). Resulta difícil llegar a juicios concluyentes sobre las causas del estado actual de la historiografía literaria, al igual que sobre sus proyecciones y potencialidades. Lo que este trabajo pretende hacer es apuntar a un área posible para el desarrollo de la historia de la literatura, sugiriendo preguntas de investigación y líneas conceptuales a partir de una rama de la investigación histórica: la cultura histórica. Mi propuesta es buscar los puntos de cruce entre ambos campos, con el fin de permitir plantear preguntas que sean interesantes para la historia de la literatura. Intentaré ejemplificar algunos de los ejes que desarrollaré haciendo referencia al indigenismo como formación discursiva que, valga la pena decirlo, excede el espacio de lo convencionalmente literario, pero que de todos modos resulta un objeto de investigación para la historiografía literaria. Articularé el ensayo de la siguiente forma: tras hacer un ejercicio de definición del campo de la cultura histórica, haré una exploración de las nociones de narrativa histórica y de construcción de sentido (*Sinnbildung*). En base a estos planteamientos, haré un itinerario de cruces posibles entre la cultura histórica y la historiografía literaria.

¿Qué es la cultura histórica?

¿De qué se trata esto de la cultura histórica (*Geschichtskultur*)? Se trata de un concepto, a la vez que un campo de investigación, que ha sido desarrollado principalmente desde la teoría y la didáctica de la historia en espacios académicos alemanes desde los años ochenta.³ Sintetizando los aportes de Bernd Schönemann y Jörn Rüsen (dos de los académicos que más han contribuido a la discusión), las investigadoras Barbara Korte y Sylvia Paetschek definen cultura histórica de la siguiente forma:

³ También desde algunos espacios franceses dedicados a la antropología y la etnohistoria (en un momento más o menos contemporáneo) se ha empezado a utilizar el concepto de “régimen de historicidad”. Para un caso de estudio ver Molinié.

por cultura histórica se entiende la investigación de la conciencia histórica (*Geschichtsbewusstsein*) de una sociedad [...] al igual que el análisis de las interpretaciones de la historia de distintas instituciones y medios culturales, tanto comerciales como estatales y sociales (por ejemplo universidades, escuelas, museos, administración, asociaciones históricas) (10-11).⁴

Otra aproximación es también posible siguiendo a Maria Grever, quien define la cultura histórica como un campo que

implica el estudio de narrativas e infraestructuras: la producción y reproducción del conocimiento y la comprensión histórica, al igual que la infraestructura social del campo de la historia (como son los museos, los programas de estudio de historia, las fiestas patrias, y otras prácticas de memoria [*memorial observances*]) (54).

Un énfasis más marcadamente filosófico puede encontrarse en un trabajo del mismo Rösen, para quien

la cultura histórica se puede definir como la articulación práctica y operante de la conciencia histórica en vida de una sociedad. Como praxis de la conciencia tiene que ver, fundamentalmente, con la subjetividad humana, con una actividad de la conciencia, por la cual la subjetividad humana se realiza en la práctica –se crea, por así decirlo. (“¿Qué es la cultura histórica?” 4).

Señala también que

la cultura histórica es, por tanto, la memoria histórica (ejercida en y por la conciencia histórica), que señala al sujeto una orientación temporal a su praxis vital, en cuanto le ofrece una direccionalidad para la actuación y una autocomprensión de sí mismo (12).

Esta definición, que enfatiza las operaciones realizadas por una subjetividad que ejercita su conciencia histórica para la autocomprensión de sí, será retomada más adelante cuando aborde el

⁴ Las traducciones del alemán y del inglés a lo largo del texto son mías, M.M.

problema de la construcción de sentido (*Sinnbildung*) como parte de la cultura histórica en general.

Me parece necesario poner en relación estas definiciones, las que, si bien no manifiestan un acuerdo absoluto sobre todos los elementos constitutivos de la cultura histórica, sí tienen puntos importantes de contacto. En primer lugar, se trata de pensar la historia más allá de los márgenes específicos de la disciplina historiográfica en su forma moderna y/o actual. El carácter metadisciplinar (en el sentido de llevar a cabo una investigación auto-reflexiva) de la investigación en cultura histórica demanda ir más allá de la elaboración de un texto que cumpla con los standards de la historiografía. Se trata de hacer observaciones de segundo orden: no investigar el pasado como tal, sino las configuraciones que el pasado adquiere en determinados momentos. Caben aquí, por nombrar algunas líneas de trabajo, investigaciones sobre historia de la historiografía (tanto en sus aspectos de historia intelectual como en las dimensiones sociales⁵); usos políticos del pasado; estudios sobre la configuración de memorias colectivas; representaciones de la historia en una amplitud de medios (literatura, medios masivos, artes escénicas); la relación entre historiografía académica e instituciones de mediación cultural (museos y escuelas, por ejemplo).

Considero sugerente la aproximación de Maria Grever, quien categoriza al conocimiento y la autocomprensión históricas como “narrativas”, en el entendido que una utilización *lato sensu* del término “narrativa” permitiría conexiones productivas con otras disciplinas que también trabajan sobre el substrato narrativo: la semiótica, la crítica cultural, y, por cierto, los estudios literarios. No está de más decir que las discusiones sobre las nociones de relato, narración, narrativa, y narratividad han sido asaz polémicas en la comunidad historiográfica. Sin embargo, creo que eludir el rol de la narrativa en la conformación de la cultura histórica de una sociedad sería un grave error. Las historias que contamos forman parte de nuestras prácticas

⁵ Vale la pena decir que son las dimensiones intelectuales de la historia de la historiografía los que más se han explorado, tanto en Europa como en América Latina, aun cuando en el primero de estos espacios hay más avances. De cualquier forma, se entiende que un enfoque de historia intelectual no tiene por qué excluir las dimensiones sociales. Me refiero, más bien, a un asunto de énfasis: los conceptos por sobre las redes, las propuestas teóricas por sobre el mapeo institucional del campo; la historia intelectual considera lo social de una manera distinta.

socioculturales, aun cuando su relación con la historiografía académica no sea del todo equivalencial:

Antes de ser un género literario, o incluso una forma de escritura histórica, la narración es la forma práctica y “existencial” del tiempo humano. Es a través de la construcción implícita (y de la revisión constante) de una historia de vida que un individuo logra o adquiere una identidad. (Carr 126).

Así entendida, una narrativa histórica puede conceptualizarse como un relato en el cual la heterogeneidad de acontecimientos y procesos situados en el pasado adquieren un sentido en virtud de su entramado. En palabras de Hayden White:

la narrativa configura el cuerpo de acontecimientos que constituyen su referente primario y transforma estos acontecimientos en sugerencias de pautas de significado que nunca podrían ser producidas por una representación literal de aquéllos en cuanto hechos. (*El contenido* 63).

Una narrativa histórica, entonces, comparece como relato que produce una representación del pasado. Hay que señalar que la gran mayoría de las teorizaciones sobre la narración histórica han tendido a tomar en cuenta como relato histórico aquel producido por historiadores, antes que el presente en otros medios o producido por otros actores. Esto se debe, a mi juicio, al deseo de no colapsar todas las formas narrativas de representación; en otras palabras, a no poner en el mismo plano a la narración ficcional no-mimética/anti-mimética y a otras formas de narración (incluso formas de narración ficcional mimética). Por mi parte, concuerdo con la necesidad de mantener distinciones, aun cuando existan hibridaciones y mezclas a la hora de hablar de narraciones específicas. Esto es: resulta mucho más productivo pensar en matrices representacionales o narrativas que en compartimientos estancos en los cuales una narrativa *debe* caber para poder existir. En esa línea, tienen sentido las observaciones de David Carr:

la narrativa histórica difiere de la narrativa social no sólo en su orientación hacia el pasado y su búsqueda de objetividad; también reside más allá de la narrativa social, no tanto por ser una historia diferente

como por reflexionar sobre las narrativas sociales con un ojo en la evaluación crítica y, si es necesario, en la revisión (133).

En consecuencia, aun cuando existen relaciones de continuidad entre historiografía-como-relato y otras narraciones históricas, a nivel social, el hecho es que:

La historia como ciencia está obligada a lograr la mayor correspondencia con los hechos extratextuales en su organización narrativa –en su construcción de la historia–, basándose en los más variados instrumentos de las ciencias sociales en sentido amplio. (Mackenbach xii).

Habiendo realizado la anterior distinción, cabe preguntarse: si las narrativas historiográficas son de un tipo que es irreductible a otros tipos de narración, ¿quiere esto decir que la cultura histórica se compone sólo de este tipo de relato? Enfáticamente: no. Que haya diferencias entre formas de narración/representación no quiere decir que unas tengan derecho exclusivo sobre el espacio experiencial de la cultura histórica. En esto, creo que Rüsen acierta al señalar:

tiene mucho sentido caracterizar formalmente la actividad memorativa de la conciencia histórica (es decir, el recuerdo), como un contar historias, y ver esta forma narrativa como una característica esencial de la cultura histórica (“¿Qué es la cultura histórica?” 11).

En consecuencia, es posible sostener, a mi juicio, que la narrativa histórica existe (cuando menos) en una doble dimensionalidad: tanto al nivel del relato histórico disciplinar, como al nivel de las narrativas sociales. Sería imposible pensar prácticas sociales como la memoria o la identidad colectivas sin la presencia de un relato sobre el pasado. La pregunta que se desprende de esta afirmación de la doble dimensionalidad del relato histórico es la siguiente: ¿qué es aquello que une unos tipos de relatos con otros? ¿Qué tienen de común narraciones historiográficas con narraciones sociales sobre el pasado?

Propongo que este elemento de continuidad puede encontrarse prefigurado ya en la caracterización que he hecho más arriba de los relatos históricos de la disciplina historiográfica.

Unas narrativas y otras mantienen una pretensión de referencialidad que, en última instancia, no pueden abandonar. Ambas producen representaciones del pasado que van más allá de acontecimientos separados, superando el nivel de la enunciación y dando una imagen del pasado: “la representación elimina la aleatoriedad en la relación entre los términos de sujeto y predicado característica del enunciado verdadero” (Ankersmit “The Three Levels of” 118). La narrativa histórica (disciplinar o social) no puede entenderse si es que se la despoja de esta presuposición de realidad. Aun cuando existan “discordancias” entre el conjunto de enunciados que quedan tramados por un relato histórico social y los acontecimientos referidos, la relación que existe entre este relato y su público no puede describirse con las herramientas conceptuales de la ficción *tout court*:

el texto literario [entendiendo texto aquí en un sentido amplio] está libre de la referencialidad exclusiva y la representatividad directa de los hechos extratextuales; más bien se caracteriza por su autorreferencialidad, su inter y metatextualidad explícitas (Mackenbach xiii).⁶

Una *total* puesta entre paréntesis de la referencialidad anularía cualquier validez social de una narrativa histórica no-disciplinar, o al menos cambiaría su estatuto. Esto, por otra parte, no quiere decir que las narrativas (históricas y de otro tipo) no circulen dentro de un mismo espacio, refiriendo unas a otras, entrando en relaciones del más diverso tipo (ver Rojo). Por el contrario, en la medida que la cultura es un dominio complejo de la vida social, un proceso que podría caracterizarse como una totalidad compleja, tensionada, y heterogénea (“un ‘proceso social total’ en el que los hombres definen y configuran sus vidas” [Williams 148]), la interacción entre narrativas se vuelve inevitable. Ahora bien, la forma que adopten esas interacciones es algo que debe resolver la investigación empírica, pero ha corrido ya demasiada agua bajo el puente como para pensar que “lo literario” y “lo histórico” son dominios completamente separados unos de

⁶ Precisando más las características de lo literario, Mackenbach refiere a Derrida y sus observaciones acerca de la suspensión de la referencialidad y el significado (ver xv).

otros y que son vividos como realidades del todo independientes por quienes participan de una cultura.

Llegado a este punto, me parece necesario introducir otro de los conceptos que articulan el campo de la cultura histórica: la construcción de sentido (*Sinnbildung*). Toda vez que la cultura histórica es parte de la cultura en general, creo que puede afirmarse sin incurrir en un diletantismo teórico que también participa de las operaciones por esta realizada. A este respecto, quisiera hacer un seguimiento al esquema analítico propuesto por Jörn Rüsen, puesto que es en base a sus postulados que me parece posible proponer un itinerario de investigación que sea de interés para la historiografía literaria. En una línea complementaria a la de Raymond Williams, Rüsen entiende la cultura como

la quintaesencia de los logros hermenéuticos subjetivos de los seres humanos al vivir consigo mismos y con el mundo. Podría decirse que es virtualmente idéntica con el proceso mental de producción de sentido (*sense-making*), sin el cual la vida práctica humana sería imposible. (“Sense” 47).

La cultura se entiende, entonces, como un proceso que dota de sentido al mundo, no sólo en sus dimensiones de “naturaleza”, sino también al mundo social. Para Rüsen, sin la cultura la acción humana sería imposible como tal, puesto que lo que define a la subjetividad es el ejercicio de la actividad hermenéutica de producir sentido.

La pregunta lógica es, ¿qué entiende Rüsen por sentido? En una primera instancia la definición otorgada por el autor es de “un conjunto (*ensemble*) de criterios superiores que definen la orientación cultural de la acción y el sufrimiento de la vida práctica humana” (“Sense” 48). Posteriormente, Rüsen dota de mayor profundidad a esta conceptualización, señalando las operaciones que a su juicio serían características de la cultura: la percepción de fenómenos, en tanto que experiencia sensorial; la interpretación de la experiencia del mundo; la orientación en el accionar; y la motivación de la voluntad hacia actos que se despliegan en la vida social. El cuarteto de operaciones es integrado por el sentido: “es una coherencia de la percepción, la interpretación, la orientación, y la motivación, y una relacionalidad interna de sus diferentes

orientaciones y cualidades mentales” (“Sense” 49). El sentido correspondería a un principio de inteligibilidad, que dota de coherencia a las cuatro operaciones.⁷ Uno de los resultados, tal vez el más notorio, de esta construcción de sentido es abrir el camino para la autocomprensión (*Selbstverständigung*) de una sociedad, ejercida por su despliegue de la cultura. En su dimensión histórica, la construcción de sentido (en tanto parte de la cultura histórica) haría referencia a la apropiación cultural del tiempo:

una manera particular de abordar interpretativamente el tiempo, precisamente aquella que resulta en algo como “historia” en cuanto contenido de la experiencia, producto de la interpretación, medida de orientación y determinación de la finalidad (Rüsen “¿Qué es la cultura histórica?” 6).

Sin embargo, para Rüsen este esquema resulta relativamente insuficiente, pues no basta con señalar que lo histórico es una forma de relación con el tiempo. Una narración cualquiera debe hacer frente el problema del tiempo, puesto que ordena acontecimientos para producir un relato (aun cuando ese orden no sea estrictamente causal o cronológico; lo cierto es que el orden existe y despliega una forma de temporalidad que debe ser representada por la narrativa). Subsiste, entonces, el problema de la *differentia specifica* del sentido en el dominio de la cultura histórica, en tanto interpretación del tiempo. La estrategia utilizada por Rüsen para resolver este problema es señalar que el sentido se vuelve histórico en aquel momento en que las diferentes temporalidades se hacen explícitas:

Sólo cuando el pasado mismo, reflejando un tiempo diferente, se hace explícito, esto es, cuando es relacionado con otros tiempos (incluido el presente), una presentación adquiere un carácter histórico [...] Por ende, la historia no es meramente un tiempo pasado, sino la relación del pasado con un tiempo diferente, básicamente con el tiempo del presente (aunque a veces sólo por vía de una operación de síntesis), en la cual el pasado se relaciona con el presente transmitiendo una distancia que adquiere un coeficiente de significación actual. (“Sense” 52).

⁷ Esta idea del sentido como inteligibilidad o coherencia queda mejor ejemplificada en la exclamación cotidiana “eso tiene sentido”, interpretable como “eso es entendible”.

En suma, el argumento de Rösen considera la construcción de sentido histórico como una operación cultural en la cual el tiempo es interpretado para hacer aparecer las diferencias/distancias entre variados estratos temporales.⁸ Así formulado, es posible distinguir otras formas culturales de interpretación del tiempo, como el relato ficcional, de aquellas específicamente históricas. Ahora bien, no contento con este desbroce conceptual, Rösen procede a distinguir tres aspectos (*Hinsichten*) del proceso de construcción de sentido histórico: el contenido, la forma, y la función. El contenido del sentido histórico se relaciona con el dominio empírico de las experiencias: “las cosas deben haber pasado de la manera en que se reporta que pasaron [...] Esto involucra más, empero, que la mera factualidad de eventos pasados” (“Sense” 53); la forma del sentido histórico “consiste en una narrativa coherente y creíble” (54); y, finalmente, la función del sentido tiene que ver con el uso que se le da al tiempo interpretado:

el sentido implica un significado para la orientación existencial del enunciatario (*addressee*), una relevancia que el pasado hecho significativo para el presente tiene para problemas contemporáneos de orientación (55).

En cierto sentido, estos tres aspectos (contenido, forma, y función) pueden analogarse a tres dimensiones identificadas por Rösen: la cognitiva, la estética, y la política. Tal diferenciación tendría “una base antropológica, pues se puede basar sin problemas en los tres modos fundamentales de la mente humana, en el sentimiento, la voluntad y el intelecto” (“¿Qué es la cultura histórica?” 21). Mientras la dimensión cognitiva operaría en el intelecto y en relación con una búsqueda de verdad, la dimensión estética ocuparía el substrato de sentimiento, movilizándolo criterios de belleza, y la dimensión política haría aparecer la voluntad. Más allá de los reparos que se puedan ofrecer a esta postura antropológica, creo que el modelo armado por Rösen constituye un instrumentario analítico capaz de dar cuenta de niveles distinguibles pero

⁸ En cierta forma, podría tensionarse la aproximación de Rösen con la de Frank Ankersmit, puesto que si para el primero lo histórico emerge en la puesta en relación de temporalidades, para el segundo la experiencia histórica es “un ‘hoyo’ o ‘quiebre’ en la continuidad tanto de nuestra experiencia como de nuestro conocimiento de la realidad” (“Language” 137).

relacionados de la cultura como totalidad. En ningún momento se establece una pauta única de articulación de estos niveles, más allá de la generalidad formal del sentido como principio de coherencia e inteligibilidad de la interpretación cultural del tiempo. Juzgo las propuestas de Rüsen como una agenda de investigación empírica marcada por ciertos conceptos fundamentales, muy en la línea de cierta tradición alemana de pensamiento.⁹ El itinerario específico que deba adquirir la investigación es algo que no puede ser determinado de antemano, y sus resultados debieran servir para la reformulación y revisión de dichos conceptos. Sin embargo, sería imposible pensar que es viable proceder de manera absolutamente intuitiva en la pesquisa sobre la construcción del sentido histórico, sin un aparataje teórico-conceptual que oriente el trabajo investigativo.

Introducidos ya ambos conceptos (narrativa histórica y construcción de sentido), creo pertinente hacer una breve síntesis y recapitulación antes de realizar una propuesta sobre puntos de cruce entre la cultura histórica y la historia de la literatura. A estas alturas, puede verse el grado de inextricable relación que existe entre narrativa histórica y construcción de sentido. Si bien la narrativa existe a un nivel de generalidad que le es propio (i.e., existen narrativas que no son, en propiedad, históricas), las narrativas históricas se caracterizan no sólo por relatar acontecimientos y producir representaciones del pasado, sino por entregarles un *sentido* y por referirse a ellos en términos que, en última instancia, no pueden desautorizar su pretensión de realidad. Aun cuando la representación, en las narrativas históricas, tiene prioridad sobre lo representado, pues, como dice Ankersmit “sin la representación no tendríamos lo representado (al menos, no en la forma en que podemos tener estados de cosas incluso sin los enunciados que los describen)” (“The Three Levels” 114), el hecho es que dicha representación tiene relevancia porque contribuye a la interpretación cultural del mundo, específicamente del tiempo. Igualmente, la primacía (lógica) de la representación por sobre lo representado no contraviene la “referencialidad” que comporta una narrativa histórica. A pesar de constituir performativamente

⁹ Pienso, por ejemplo, en un autor como Heinrich Wölfflin y su *Kunstgeschichtliche Grundbegriffe* (edición castellana *Conceptos fundamentales en la historia de arte*) o incluso, para la disciplina historiográfica, en Reinhart Koselleck: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*.

el pasado mediante su representación narrativa, el sentido que se obtiene como el producto final de la interpretación del tiempo (social) no se juzga como un puro producto de las actividades ficcionales que constituyen (parte) de la esfera de la cultura.

Desde este punto de vista, narrativas históricas y construcción de sentido son dos elementos que conforman el espacio de la cultura histórica de una sociedad como dos lados de la misma moneda.¹⁰ Una narrativa (en la esfera de la cultura) difícilmente existiría como tal si no produjese sentido, del tipo que fuere. Consecuentemente, una narrativa histórica debiese contribuir a un proceso de construcción de sentido histórico (aun cuando no se excluye la posibilidad de que produzca otros tipos de sentido). Por su parte, un proceso de construcción de sentido no puede existir en abstracto, sino en función de una forma determinada; para Rüsen, esa forma es la narrativa. Tal afirmación, que considero sumamente acertada y razonable, no excluye del todo que puedan emerger otras formas para la construcción de sentido histórico. Más bien, se trata de constatar que la narrativa y la construcción de sentido históricos no operan por separado, sino conjuntamente, como elementos/procesos constitutivos de una cultura histórica. Esto no quiere decir, a su vez, que la cultura histórica se agote en la dimensión de las narrativas y de la construcción del sentido, aun cuando el esquema de Rüsen pareciera sugerirlo. Si, como lo apunta Maria Grever, la cultura histórica de una sociedad se compone de narrativas e infraestructuras, entonces cabría preguntarse por el aparataje conceptual adecuado para investigar la dimensión del tinglado social que sustenta la producción, circulación, y recepción de las narrativas históricas y de los sentidos que movilizan (tanto en su contenido como en su función). Las propuestas que elaboraré a continuación tienen mucho más que ver con el nivel de las narrativas que con el de las infraestructuras, aun cuando intentaré hacer referencia a estas últimas de manera aproximativa.

¹⁰ Con esta figura no quiero restringir las metáforas que pueden llegar a utilizarse para dar cuenta de las dimensiones de la cultura histórica. La bidimensionalidad de mi analogía bien podría expandirse a poliedros del más variado tipo.

Cultura histórica en el campo de la historia de la literatura (y viceversa)

Diseñar un itinerario de cruces entre dos campos exige que se reconozca, como mínimo, el estado de la cuestión en cada uno de los terrenos a poner en relación. Algo de eso espero haber hecho más arriba en lo que respecta a la cultura histórica. Sin ánimos de entrar en una discusión profunda sobre la historia de la literatura, me parece necesario identificar algunos puntos que sintetizan los debates actuales, especialmente en el espacio latinoamericano. En primer lugar, las transformaciones vertiginosas que han experimentado las humanidades y las ciencias sociales desde el giro lingüístico en adelante, han dado origen a un cuestionamiento sobre el límite de las disciplinas. Este debate quizás haya sido más agudo en ciertas ramas del latinoamericanismo¹¹, como los estudios culturales y los estudios literarios.¹² Dentro de este contexto, la historia de la literatura también ha debido reformularse: “el objeto de estudio comienza a experimentar un deslizamiento, a ocupar nuevos espacios, también adquiere mayor espesor y complejidad” (Pizarro 74). Esta reconfiguración de la subdisciplina de la historia literaria requeriría, por su parte, de un programa de investigación que exceda el mero recuento biografista de autores que componen una literatura nacional (ver Barthes). Dicho programa es propuesto por Werner Mackenbach, refiriéndose a tres niveles de investigación: 1) “El análisis del discurso literario como sistema específico de signos”, esto es, la dimensión propiamente textual; 2) “El análisis de lo literario/la literatura desde la perspectiva de su ubicación en el campo cultural [...] como historia del sistema social de la literatura”, atendiendo a las distintas dimensiones a nivel social; 3) “El análisis de la literatura como institución y sus funciones [...] como institución productora de ficciones se dedica a la pesquisa de sus relaciones con el campo del poder” (xvi).

Dentro de este somerísimo panorama de la historiografía literaria es posible ubicar los momentos de encuentro (y desencuentro, por qué no decirlo) de cultura histórica e historia literaria. Tal vez el punto más evidente sea la narrativa. En la medida que los estudios literarios se

¹¹ Consciente de los muchos significados del término, lo uso aquí en un sentido general de estudios sobre América Latina, sin importar su procedencia geográfica o adscripción disciplinar.

¹² A modo de ejemplo, ver Trigo.

dedican a interrogar textos y conjuntos de signos, además de la institución literaria, la narración resulta posible de incorporar a un programa de investigación historiográfico literario con enfoque de cultura histórica. Como señalé más arriba, la narrativa no es un fenómeno privativo del dominio de lo histórico (como tampoco lo es de lo literario). La existencia de terrenos fronterizos y mixtos es aquí innegable, y resulta de interés para una y otra disciplina por dos motivos: es una zona de contacto disciplinar, y –como objeto de estudio– plantea el problema de la “contaminación” y la “impureza” como desafío a la hora de realizar un análisis no-reduccionista del objeto a la lógica interpretativa de una disciplina. Un ejemplo claro sería la novela histórica, que ofrece una representación narrativa ficcional del pasado. La mixtura presupone desafíos para ambos “polos” disciplinares, pues, aun cuando la novela histórica no es un relato del pasado que comparta todos los códigos de la narración historiográfica moderna (explicitación de la metodología, instrumental crítico, establecimiento de enunciados verdaderos, etcétera) y recurra a la ficcionalización de elementos del pasado con el fin de articular un relato plausible en el plano de lo literario, lo cierto es que, para ser reconocida como tal, una novela histórica no puede ficcionalizarlo *todo*. Su doble estatuto demanda respetar la posibilidad de la ficción y la inscripción dentro de un dominio de la cultura que no puede, en última instancia, suspender sus ataduras a la referencia; la ficción existe, pero como una posibilidad dentro del mundo que se considera histórico.

Sin embargo, y quisiera insistir sobre este punto, la presencia de narrativas históricas no se agota en aquellos textos que se dedican explícitamente al pasado. Si pensamos la historia de la literatura como una investigación del fenómeno literario en todos sus niveles (producción, circulación, y recepción, por nombrar los momentos más claramente identificables), entonces se vuelve posible pensar en la manera en la cual la cultura histórica de la que participa un grupo de autores se relaciona con los textos y articulaciones discursivas que ellos producen. Uno de los ejemplos que me parece más interesantes de interrogar es el del indigenismo.¹³ Como formación discursiva que abarca desde la reflexión ensayística, la polémica política, y la escritura literaria

¹³ Una guía introductoria general sigue siendo el ensayo de Favre.

(por mencionar sólo las dimensiones textuales de una constelación que también incluye manifestaciones culturales visuales y sonoras), el indigenismo sería asaz difícil de interpretar sin relacionarlo con su contexto histórico, tanto el inmediato como el más profundo.¹⁴ En este plano, una comprensión del indigenismo desde la cultura histórica que sea relevante para la historia literaria tendría que relevar las conexiones entre la realización textual indigenista y la existencia de narrativas históricas sobre el pasado indígena. Las diversas modalidades que el indigenismo adopta para pensar el pasado implican que aquel ha efectuado una interpretación cultural del tiempo a efectos de establecer una representación narrativa. Queda a la investigación empírica el determinar cómo es que se tensionan la praxis de la conciencia histórica y la realización textual en distintas modalidades;¹⁵ la identificación –en el indigenismo– de una idealización (esencializante en la mayoría de los casos) del pasado indígena *vis-à-vis* la situación actual de explotación y miseria no pasa de ser un enunciado excesivamente general que demanda mayores precisiones, matices, análisis de casos específicos, contrastes entre géneros literarios y discursivos.

Sea como fuere, pareciera no existir, aún, una metodología clara para trabajar las relaciones entre historiografía y literatura que no pase por admitir un concepto amplio de narrativa histórica. Hacerse cargo de los tres niveles señalados por Mackenbach implica dar cuenta de las narrativas históricas en su compleja articulación de estratos diferenciados de la esfera de lo cultural. El análisis de textos (literarios, ensayísticos, historiográficos) permitiría delimitar una constelación discursiva que demarque los límites dentro de los cuales la narrativa cobra cuerpo. Sin embargo, al pasar al nivel del campo cultural y luego al espacio social más amplio, se vuelve necesario preguntar por el eslabonamiento de narrativas históricas e infraestructuras sociales que permiten su circulación y recepción. En el caso del indigenismo, no cabe duda que la resonancia de las

¹⁴ Sin ir más lejos, dos de los más influyentes análisis del indigenismo han remarcado la relación de los autores con su contexto sociohistórico. Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*; Antonio Cornejo Polar, “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural” y *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*.

¹⁵ Un ejemplo, que no deja de tener un nivel de generalidad, es Antonio Cornejo Polar, “La novela indigenista: una desgarrada conciencia de la historia”.

narrativas históricas desarrolladas por ciertos autores, como Luis Valcárcel, fue posible gracias a la promoción activa que de ellos hizo José Carlos Mariátegui a través de un dispositivo paratextual (pero también un gesto de inscripción en un campo) como el prólogo a *Tempestad en los Andes*, al igual que el mantenimiento de un espacio tan vital para la escena intelectual peruana de los años veinte como *Amauta*. No obstante, queda aún por verse cuáles fueron los vínculos entre la arqueología, la antropología, y la etnología y el indigenismo literario peruano de la primera mitad del siglo XX, que sabemos existió en el caso de José María Arguedas (ver, por ejemplo, Flores Galindo), pero cuyo mapeo está pendiente en el caso de otros autores.

Me parece que al abordar la noción de *Sinnbildung*, el asunto pareciera volverse más complejo. La construcción de sentido es coextensiva a otras operaciones culturales, por lo que habría que ver qué disonancias o concordancias existen entre cultura histórica y literatura. La organización de una forma de relacionarse con el pasado, dotándolo de sentido, puede ser cumplida por la literatura como institución, en la medida que podamos comprenderla como señala Roland Barthes: “la literatura es ese conjunto de objetos y de reglas, de técnicas y de obras cuya función en la economía general de nuestra sociedad es, precisamente, la de *institucionalizar la subjetividad*” (193). La praxis de la conciencia histórica, que tiene como efecto la construcción de sentido histórico, no es privativa de la historiografía como disciplina. Así, la historia de la literatura debiera preocuparse, en una perspectiva de cultura histórica, por indagar la manera en la cual el fenómeno literario otorga coordenadas para comprender el pasado (y el tiempo en general). La literatura puede funcionar (de acuerdo al esquema de Rüsen) como espacio de interpretación del pasado, otorgando las claves hermenéuticas para volverlo significativo. Adquiere relevancia aquí la dimensión estética de la cultura histórica: la historia de la literatura puede abrirse a la exploración del cambio en las formas literarias de dotar de sentido al pasado, actualizándolo para el presente y otorgando orientaciones sobre la acción en el hoy y el mañana.

El desafío para el investigador que se sitúe en este espacio de cruce estriba en tomar en cuenta lo siguiente: en la medida que la literatura no es una forma discursiva totalmente equivalente a la historiografía, investigar el cruce entre literatura y cultura histórica implica tomar

en cuenta las especificidades del texto literario. Sin que esto nos obligue a retornar a tesis inmanentistas sobre los textos literarios, abordar el cruce antedicho es adquirir un compromiso con un modelo interpretativo que reconozca las mixturas entre modalidades textuales. En ese sentido, la historia de la literatura debe hacerse cargo de las dimensiones internas de los textos y formaciones discursivas que analiza, pero también debe tener en cuenta que dichos textos y formaciones discursivas nunca son fenómenos puros. De tal manera, la cultura histórica que producen distintos sistemas literarios no es homologable punto por punto a la que producen los aparatos académicos. Que ambas tengan como objeto la construcción de sentido histórico no quiere decir que las modalidades mediante las cuales este sentido se produce sean las mismas, ni que el resultante sentido histórico como tal sea idéntico en ambos casos. La tarea es escudriñar los canales por los que discurre el proceso de construcción del sentido en un substrato específico (los fenómenos literarios), reconociendo las especificidades que demanda un objeto de estudio irreductible al relato historiográfico académico moderno.

Pensar en la ejemplificación de un itinerario de investigación para los procesos de construcción de sentido que se abstraiga en última instancia de las narrativas históricas resulta, cuando menos, difícil. En el caso del indigenismo, habría que pensar en las maneras en que se interrelacionan dos aspectos del sentido histórico: interpretación y orientación. Así, podríamos preguntarnos por el mapeo cognitivo que despliega el indigenismo a la hora de actualizar el pasado prehispánico y republicano en su novelística y en el ensayismo, como también por las coordenadas que dicha interpretación traza para la acción en el presente. Pensando en un nivel textual de análisis, propongo que estas preguntas pueden ser vistas en la siguiente forma: en el presupuesto que la realización textual sea vista como una respuesta que un autor entrega a un cierto problema, ¿cuáles son las herramientas interpretativas requeridas para y las orientaciones para la acción que se desprenden de dicha respuesta? Por ejemplo, ¿cuáles son los recursos interpretativos (estéticos, ideológicos, políticos) con los cuales los narradores indigenistas configuran su representación del espacio de la hacienda? ¿De qué elementos dispone un autor como Mariátegui para concatenar su análisis del latifundio, la situación de los indios, y el

programa político revolucionario que postula? Corresponde aquí preguntarse por las tensiones entre las operaciones de construcción de sentido (como resultado) y su forma textual específica, además de las relaciones con otros textos, formaciones discursivas, campos culturales, y la sociedad en su conjunto. La construcción de sentido comparece como un sitio de interrogación aún por elucidar, si es que se lo quiere abordar separadamente de su forma narrativa.

A modo de conclusión

A lo largo de este (aún preliminar) ensayo he querido reflexionar sobre posibles puntos de contacto entre dos campos de investigación. Tanto uno como otro refieren al dominio de la cultura, y movilizan una comprensión histórica de sus objetos de estudio. La historia de la literatura y la investigación de la cultura histórica no son, con mucho, la misma cosa, ni comparten todos los presupuestos teóricos que les dan un piso desde donde plantear preguntas. No obstante, los intercambios son posibles. El énfasis ha estado mucho más puesto en la cultura histórica que en la historia de la literatura. La justificación, ya al final de mis exploraciones, de esta decisión tiene un carácter relativamente pragmático: las discusiones sobre cultura histórica apenas han penetrado en comunidades investigativas hispano-parlantes. En consecuencia, el ejercicio de traducción es doble: de un registro disciplinar a otro, y de una tradición intelectual-lingüística a otra. Posiblemente los ejemplos le hayan dado más carne a lo que, en principio, puede considerarse como un esquema analítico en exceso teórico o preocupado por el delineamiento de conceptos, más que por señalar caminos concretos y tangibles de investigación empírica.

El cruce entre historia literaria y cultura histórica puede producirse (pero queda por determinar qué otros frentes se abren al contacto disciplinar) al nivel de las narrativas históricas y la construcción de sentido histórico. Estos últimos son componentes de la cultura histórica en tanto dimensión de la cultura en general como esfera de la vida humana, y retienen una particularidad que se relaciona con otros fenómenos de la cultura. Mi propuesta ha sido, en

términos amplios, que tanto la narración como el sentido son de interés para una historiografía literaria de nuevo cuño, que va más allá del mero análisis de texto y busca articulaciones de otro orden. En el caso del indigenismo, una agenda de investigación como la que he intentado describir debiera abordar temas que pasan por (pero no agotan) la exploración de las representaciones del pasado que produce el indigenismo, su relación con otras disciplinas que abordan el pasado indígena, el instrumental interpretativo que permite la elaboración de una conciencia histórica en el espacio literario, entre otros problemas. Espero haber dejado en claro la viabilidad de esta agenda, al menos en lo que a sugerencias se refiere. Confrontar las categorías con el substrato analítico demandará, necesariamente, su reformulación y cuestionamiento, puesto que sólo la textura del objeto concreto de investigación sería capaz, en este ámbito, de ejercer suficiente presión sobre el instrumental teórico. Las preguntas mismas deberán ser criticadas, pero ello sólo será posible siempre y cuando la investigación empírica exista. Hasta entonces, sólo queda empezar.

Bibliografía

Ankersmit, Frank. "Language and Historical Experience". *Meaning and Representation in history*. Ed. Jörn Rüsen. New York, Oxford: Berghahn Books, 2008. 137-152.

Ankersmit, Frank. "The Three Levels of 'Sinnbildung' in Historical Writing". *Meaning and Representation in history*. Ed. Jörn Rüsen. New York, Oxford: Berghahn Books, 2008. 108-122.

Barthes, Roland. "¿Historia o literatura?" *Sobre Racine*. México: Siglo XXI, 1992. 174-194.

Carr, David. "The Reality of History". *Meaning and Representation in history*. Ed. Jörn Rüsen. New York, Oxford: Berghahn Books, 2008. 124-136.

Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Santiago: Centro de Investigaciones Históricas Diego Barros Arana, 2006.

Cornejo Polar, Antonio. “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural”. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1982. 67-85.

Cornejo Polar, Antonio. “La novela indigenista: una desgarrada conciencia de la historia”. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. 93-107.

Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Editorial Horizonte, 1994.

De Certau, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.

Favre, Henri. *El indigenismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

Flores Galindo, Alberto. *Dos ensayos sobre José María Arguedas*. Lima: SUR, 1992.

González Stephan, Beatriz. *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985.

Grever, Maria. “Fear of plurality: historical cultura and historiographical canonization in Western Europe”. *Gendering historiography: beyond national canons*. Eds. Angelika Epple y Angelika Schaser. Frankfurt, New York: Campus, 2009. 45-62.

Heinrich Böll Stiftung Cono Sur. *Recordar para pensar. Memoria para la Democracia: la elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*. Santiago: Ediciones Böll Cono Sur, 2010.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2001.

Korte, Barbara, y Sylvia Paletschek. eds. *History goes pop: Zur Repräsentation von Geschichte in populären Medien und Genres*. Bielefeld: Transcript, 2009.

Koselleck, Reinhart. *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*. Frankfurt: Suhrkamp Taschenbuch, 1989.

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una historia de las literaturas centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. ix-xxix.

Molinié, Antoinette. “Buscando una historicidad andina: una propuesta antropológica y una memoria hecha rito”. *Homenaje a Maria Rostworowski, Arqueología, Antropología e Historia en los Andes*. Eds. R. Varon Gavia y J. Flores Espinoza. Lima: IEP/Banco Central de Reserva del Perú, 1997. 691-708.

Pizarro, Ana. “¿Diseñar la historia literaria hoy?” *Estudios. Revista de investigaciones literarias* 4.8 (1996): 71-77.

Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1982.

Rojo, Grínor. *Diez tesis sobre la crítica*. Santiago: LOM, 2002.

Rüsen, Jörn. "Sense of History: What does it mean? With an Outlook onto Reason and Senselessness". *Meaning and Representation in history*. Ed. Jörn Rüsen. New York, Oxford: Berghahn Books, 2008. 40-64.

Rüsen, Jörn. "¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia". <http://www.culturahistorica.es/ruesen/cultura_historica.pdf> (28 de julio 2011). Original en *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*. Eds. Klaus Füssmann, Hans Theodor Grütter y Jörn Rüsen. Köln, Weimar: Böhlau, 1994. 3-26.

Trigo, Abril. "Historia personal de los estudios culturales latinoamericanos". *Katatay* 1.1-2 (2005): 112-131.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós, 1992.

White, Hayden. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE, 1992.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.

Wölfflin, Heinrich. *Conceptos fundamentales en la historia del arte*. Madrid: Espasa Calpe, 1961.